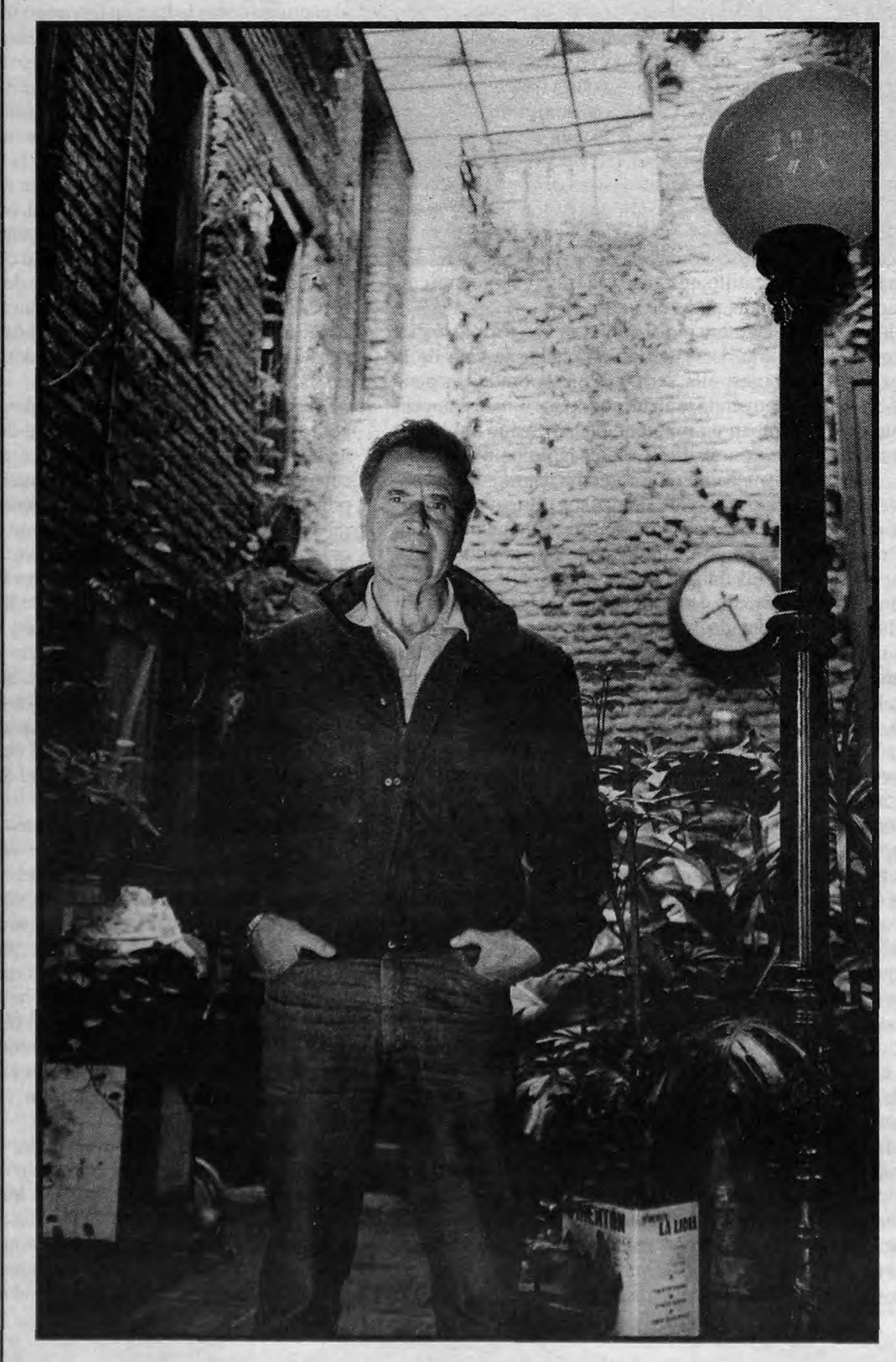
SAENZ



La guerra de Paz

En este momento en donde el nuevo fascismo se llama inteligencia, en donde la distancia entre el que sabe y el que no sabe cada vez es mayor, en donde la injusticia social no está más en los bolsillos sino en las cabezas, tuve la necesidad de escribir este libro.

En mi país la palabra patria y la palabra clase muchas veces se han confundido. Pienso que la inteligencia es actualmente una clase, por eso busqué la mente más brillante en nuestra historia. Mi duda se centró entre Alberdi, Vélez Sarsfield y el general Paz. Lo elegí a Paz, que para mí no era más que una avenida, y comencé por leer los tres grandes tomos de sus *Memorias*. Por lo pronto, ahí me enteré de que estaba delante de uno de los mejores escritores argentinos, incluso superior a Sarmiento. También me enteré de que fue filósofo, profesor de teología en Córdoba, antes de incorporarse al ejército de Belgrano.

Sus victorias militares fueron deslumbrantes. Después de destrozar a Quiroga, Bustos y a otros caudillos, parecía el hombre destinado a vencer a Rosas y cambiar toda la historia argentina. Pero, cuando un gaucho analfabeto consiguió bolearle el caballo, derribando los sueños de todo el país pensante, culto y aristocrático, e internando al general Paz por ocho años en un calabozo, el militar desapareció y apareció el escritor.

Fue en esa prisión donde escribió sus *Memorias*. Y fueron esas *Memorias* las que introdujeron algo parecido a lo que le pasó a Sarmiento con su *Facundo*. Poco a poco me fui enamorando del personaje, me fui enamorando de ese general Paz que odiaba la poesía sin saber que él mismo era un poeta de la antipoesía. ■

Presentación de D. S.

Mujeres, mujeres, las culpables de todas las guerras. Todos los hombres vivimos para una mujer casi siempre imaginaria que odia la guerra pero adora a los ganadores. Los hombres de armas somos fieles a esa mujer de ojos iluminados por la victoria; si no existiesen, no habría guerra. Si no somos mirados no existimos... lo estoy diciendo y en este momento de mi vida en el que por muchos años no podré mirar las miradas ajenas y tendré que mirar las propias.

Y, ¿cómo son mis miradas actuales? Tengo la sensación de que son arbitrariamente autoritarias. Hay un dictador como ese Rosas, al que tanto he combatido, en cada una de mis miradas.

Tomo algo del pasado y mis manipuladores ojos del presente inventan ese pasado. Parecería que se me ha otorgado un nuevo poder; es como si antes hubiera mirado lo que pasaba y ahora pasara lo que miro.

Extraño poder el que siente esa especie de nómade quieto que soy ahora. Un nómade que escucha tras las paredes el latir de la vida y en la abertura de la ventana ve el consonante mutar de los afueras y en la ventana de sus pensamientos ve todo aquello a lo que él ha dado vida con el poder de los dioses y de los hombres, que es el de poder ser Dios.

El pensamiento de los pechos caídos y suaves de la mujer del cabo Vera me ha erotizado.

En mi tercer año de filosofía me enamoré de la hija de unos amigos de mis padres. La deseé físicamente. Entró en mis masturbaciones antes que en mi cama, donde nunca entró. Para que esto hubiese sucedido habría tenido que casarme con ella, y era de esas mujeres capaces de decir algo como me dijo una vez:

–Yo a los huevos quimbo no los hago como mi mamá.

–¿Cómo es que los hace? –me sentí obligado a preguntar, y ella contestó, ya lo creo que contestó.

Por veinte minutos, aquella muchacha no hizo otra cosa que hablar de cómo hacía los huevos quimbo. Tenía una de las caras más bonitas de la ciudad de Córdoba, una piel maravillosa, unos hombros y un escote deslumbrantes. En ese momento mío de filosofía salvaje en donde Kant, Schelling y Hegel merodeaban por mi cabeza, esa estúpida belleza permanecía. Era extraño desear a esa mujer de tan deslumbrante belleza e idiotez. Siempre he pensado que las caras no son gratuitas, que una mujer no inteligente jamás puede ser atractiva. Pero la observaba, concentrada en una estúpida intrascendencia como si estuviese disertando sobre un profundo tema existencial, con su entrecejo perturbado, la preciosa piel de su cara sonrosada y su cuello suave como un pedestal de marfil mientras su nariz ocupaba un perfecto espacio de esa tarde de aire y perfumes cordobeses. Algo tiene que haber, me repetía a mí mismo, la naturaleza no puede haber construido esa maravilla de envase para contener la nada; tal vez sea yo el que no sé descifrarlo y el nacimiento de esos pechos asomados en su escote no sólo genera el deseo de acariciarlos sino la incapacidad de leerlos. Cuando nos mirábamos, la ignorancia transparente de sus ojos tornaba diáfana su mente. Me escuchaba muy atenta y entendía lo que yo decía porque mi mente tenía que descender al nivel de su comprensión, como cuando la caballería tiene que marchar a la velocidad de los caballos más lentos del escuadrón.

Con el ejército pasa igual: las órdenes se dan en un idioma que pueda entender el menos inteligente de los soldados. Cuántas veces he tenido delante de mí esos ojos desesperados por entender mis palabras. Amo a mis hombres; probablemente estoy en esta guerra para poder darle al gaucho la posibilidad de conocer la inteligencia o, por lo menos, poner el pie en el primer peldaño de ese pensamiento aristotélico que eleva la mente escalón tras escalón. Los caudillos no lo hacen. Nada les interesa menos que la inteligencia de la tropa; dominan el arte del mando sin necesidad de descender hasta su nivel mental, simplemente manejando un código de gestos y emociones. Son poetas deleznables, poetas de las actitudes. Poetas que generan un idioma en donde la razón no tiene cabida y sólo el envase sin contenido tiene vigencia.

Podía ser posible que yo desease tanto el envase de esa mujer que me obligaba a achatar mis pensamientos hasta extremos inadmisibles.

El amor es un espejo: uno se ama a sí mismo en el espejo del ser amado; pero sin admiración o respeto hacia eso que miramos, ¿podemos amar? No lo sé. Sé que tuve que amarla para poder expulsarla de mi deseo.

En esa época pensaba que el amor era el mejor antiafrodisíaco; ahora también, salvo una excepción. El soldado lleva muy a menudo en las campañas la imagen de una mujer amada pero no deseada. El deseo lo instala en la inmediatez de esas mujeres de tropa sin caras y con lindos cuerpos marrones que se extienden dentro de las carpas, en los vivacs o bajo las estrellas, que llegan siempre embellecidas por la poca luz, tienen manos y lenguas ásperas y muslos fuertes.

Una de esas mujeres va a ser de las primeras cosas que me va a ofrecer el cabo Vera. Porque yo dispongo de algo de dinero, y el vino, mejor comida, el lavado de la ropa y mujeres indias son cosas que él me puede conseguir. En cambio mis libros, mis adorados libros, compañeros de toda la vida, están tan fuera de su alcance que ni siquiera vale la pena pedírselos.

El tedio se me hace intolerable. Sólo han pasado cuatro días que se me antojan cuatro siglos; por eso, cuando el cabo Vera me ofreció a una mujer india, se la acepté enseguida. Me la trajo al anochecer.

–Se la hice bañar, mi general –fue lo único que dijo cuando entró junto a una mujer alta, flaca y sin edad.

Vestía ropa cristiana, un chal sobre los hombros, y no me contestó cuando le pregunté su nombre ni cambió su mirada vacía del lugar.

Le señalé la cama con la cabeza. Ella se desvistió en un instante y se acostó con la cara mirando el techo, las largas piernas juntas extendidas y los brazos a los costados de su lindo cuerpo. Cuando me quité la ropa ella reparó en mi miembro ya erecto y separó automáticamente las piernas. Su mirada permanecía vacía y permanecería así los cinco minutos del coito; seguramente después se iría y me dejaría de nuevo en mi soledad, en mi tedio, en mi insomnio.

Al pensar eso decidí que esa mujer me tenía que durar toda la noche, porque mi tedio era mucho más importante que mi urgencia sexual.

Me acerqué a ella. Miré su cara. No era muy joven, más bien me pareció que hacía bastante tiempo que era joven. La nariz era ancha y bien instalada entre esos pómulos duros. La boca era gruesa y la mandíbula fuerte, la piel era lisa como un cacharro de terracota, o mejor dicho tenía esa suavidad de los muslos de las mujeres que pocas veces se instala en las caras, esa suavidad que invita a ser acariciada con la mano abierta y no con el dorso de la mano. Los soldados solemos llevar en nuestras largas marchas la cara de alguna mujer; al contrario de lo que se cree para los soldados, la cara es mucho más importante que el cuerpo, tal vez la memoria erótica del hombre de a caballo nace de cierta pequeñez. En esa enorme horizontalidad de la guerra las pequeñas superficies de nuestras noches durmiendo sobre el recado, sobre esa carona lustrosa de uso, ese mandil, esa sudadera, ese cojinillo y hasta el sobrepuesto doblado sobre el lomillo forman nuestra casa; un cuerpo de mujer prácticamente no tendría cabida bajo el poncho o el capote militar; pero sí una cara con ojos entrecerrados y boca abierta por sexo, aunque también podría ser por hambre o aburrimiento. Las caras de las mujeres suelen ser consecuencia y no causa, y la cara de esa india se había cincelado no por los lejanos odios genéticos de la raza sino por cercanos agravios, más económicos que de sangre.

La observé por un rato sin tocarla. Empecé por los pies y subí hasta esos pequeños arañazos de infancia de sus tobillos. Me detuve en uno de ellos; era un rasguño un poco más importante que los otros, como si esa chiquita, corriendo entre las tolderías, hubiese sido azotada por una planta de malaspina o algún coirón afilado. Tomé ese tobillo con mi única mano. Miré la piel de esa mano con tantos soles acumulados, esa muy oscura y fuerte mano; los mancos adquirimos una gran fuerza en el brazo sano y además yo no había heredado la mano de los Paz sino la de los Haedo.

Los ojos de la mujer miraban ahora esa especie de grillete suave que la sujetaba. No la solté. Ella a su vez pareció aprisionar mi mano con su mirada. Había tantos tobillos como ésos en mi país y había tantas manos como la mía, y pensé que yo había dedicado mi vida a liberarlos del atraso y de la barbarie. Pensé en Sarmiento, en Alberdi y en todos esos hombres excepcionales empeñados en liberar al hombre común de los tiranos y la ignorancia. Desde hace siglos los hombres excepcionales luchaban por el hombre común. Pero el hombre común seguía no muy distinto; en cambio los excepcionales crecíamos en todos los aspectos, en las artes, en las ciencias, en la inteligencia, en riquezas, en prestigio. Nuestros ideales se nutren del hombre común o serán los hombres comunes sólo un pretexto para ejercer la grandeza.

Empecé a mover mi pulgar. La piel de su tobillo, suave en su aspereza, no era la piel de fruta de las preciosas mujeres de sociedad, pero era mucho más suave que la piel de mi mano. Mi pulgar recorrió una pequeña superficie, una ínfima parte de ese cuerpo, un espacio delimitado por el largo de mi pulgar. Mi atención se concentró en forma absoluta.

"La atención absoluta es una forma de plegaria", me había dicho una vez un cura apóstata y asesino de las huestes del fraile Aldao. Yo formaba parte del pelotón que lo iba a fusilar y mi atención estaba concentrada en el guión y en el punto de mira de mi fusil; mientras mi dedo se curvaba sobre el gatillo, me gritó esa frase y largó una carcajada antes de morir.

La atención absoluta es una forma de plegaria. Levanté la vista hacia la cara de la mujer; ella se había incorporado un poco apoyándose en un codo. Sus ojos se concentraban en mi atención. Mi mano subió por la pantorrilla. La piel lampiña cubría una firmeza de mujer que ha caminado descalza por la vida con pasos cortos y peso sobre los hombros, antiguos esfuerzos quietos como un desfiladero que conducía hasta los muslos lindos como valles en el crepúsculo. La temperatura de la piel había aumentado, mi mano separó los dedos para cubrir más espacio y avanzó lentamente como hizo mi escuadrón detrás de mí, explorando la pampa de la Tuna antes de la batalla de La Tablada. Era el atardecer y sabíamos que en cualquier momento la caballería riojana iba a aparecer y a estallar en gritos antes de la carga. Pero por el momento no había más que el latido del mundo y esa superficie de luz bajo mi mano. Avanzar hacia ese pubis era como si en la batalla de La Tablada hubiese convertido en objetivo el lugar en donde el general Quiroga centralizaba su estrategia.

Yo sabía que vencer no consiste en destruir al enemigo ni tomar su Estado Mayor y su bandera. Vencer es convencer al enemigo de que ha perdido. Quiroga desplegaba sus hombres antes de las batallas como un abanico para obligar a la caballería enemiga a abrirse y a aceptar "el entrevero", en donde sus hombres eran superiores a los míos. Ese pubis que se avecinaba al lento avance de mi mano era el Estado Mayor de esa mujer: allí se centralizaba su estrategia, su inteligencia, y se alojaba esa indiferente frigidez capaz de mantener seca su vagina hasta las últimas consecuencias. Yo conocía esa forma de lucha, yo destrocé el ejército de Quiroga luchando de esa manera. Mis soldados eran inferiores a los soldados de Quiroga, pero yo los había entrenado para unirse como la falange macedónica y a no abrirse para no convertir la batalla en muchas pequeñas batallas.

Obligar al enemigo a focalizar su coraje y su odio a un solo punto del campo de batalla era mi carta de triunfo. Pero en la batalla sobre ese mapa de erotismo yo tenía que utilizar la estrategia de Quiroga y no la mía. Abordar ese pubis en donde ella tenía concentrada toda esa acumulación de agravios, todas esas vejaciones que el cristianismo, nuestra cultura y la prepotencia que los mismos hombres de su tribu le habrían infligido, era algo imposible.

Yo tenía que generar pequeños combates en lugares inesperados, necesitaba ese entrevero que tan bien manejaban las montoneras. Mi mano descendía por la pantorrilla y volvía al tobillo y mi pulgar se volvía a instalar en ese diminuto paisito de piel. Apenas lo moví, sabía que ella no miraba, pero también sabía que sus pensamientos estaban junto a los míos. Tomé conciencia de que en el sexo se acarician más los pensamientos que las pieles, y por eso súbitamente dejé ir mi mano por la pierna, pasé la rodilla, me acerqué bastante a su pubis pero me guardé muy bien de tocarlo. Mi mano quieta ante esa isleta de aspecto inesperadamente suave pareció dudar.

Tal vez no fue mi mano sino únicamente mi pulgar el que dudó, pero sabía que ella también dudaba. En una guerra la duda es una imprescindible amiga de la estrategia pero nunca de la táctica. Dudar en el medio del combate puede costar la batalla, hacer dudar al enemigo como lo hice en Oncativo me dio la victoria cuando concentré mi infantería en el Cañadón de los Piquillines y los hice avanzar al trote con las bayonetas caladas... Sé que Quiroga dudó. El Tigre de los Llanos no podía creer que yo fuese capaz de semejante torpeza; el cañadón terminaba en la Calera de los Acosta y mis hombres iban a quedar encerrados en una trampa mortal. Me dijeron que Quiroga le dijo a su ayudante: "A mí no me va a engañar ese Manquito con figuras de contradanza. El general Paz debe de haber colocado en la Calera sus cuatro piezas de artillería". Pero cuando escuchó el tronar de mis cañones en el otro lado del campo se desconcertó.

Dicen que espoleó a su moro y se precipitó con su escolta hasta el mismo borde del cañadón. Estaba furioso, no podía creer que yo subestimase tanto su inteligencia como para pretender engañarlo en forma tan simple. Miraba para todos lados creyendo que en cualquier parte iban a surgir mis soldados. Sólo cuando contempló cómo mis hombres llegaban al paredón de la Calera y cómo mis oficiales ordenaban un cambio de frente y hacían formar cuadro y clavar la bandera en el centro, dejó de dudar. Había perdido quince minutos en tomar una decisión y yo había aprovechado esos quince minutos para concentrar al segundo batallón de cazadores y al cuarto escuadrón de lanceros sobre el flanco derecho del campo.

Ahí gané la batalla. Yo personalmente dirigí la carga. Recuerdo cuando con mi sable crucé la cara de un riojano; la herida se convirtió en unos horrorosos labios de asombro y una nueva boca vertical se abrió como gritándome algo. Nunca supe cuál fue el contenido de ese grito, tal vez de odio, tal vez de súplica o tal vez ni siquiera haya sido un grito sino un bostezo ante el aburrido repetir de la historia. Quiroga había dispersado su duda por todo el campo de batalla y yo había dispersado su duda en todo el campo de su cerebro.

Algo así tenía que conseguir en mi batalla sobre el cuerpo de esa india que ahora había cerrado los ojos de grandes e inesperadas pestañas. Su pubis era como la cabeza de Quiroga, la intriga sobre el comportamiento de mi mano dispersaba su atención sobre su cuerpo; mientras lo hacía, en la va-

MEMORIAS

Por Dalmiro Sáenz

Mujeres, mujeres, las culpables de todas las guerras. Todos los hombres vivimos para una mujer casi siempre imaginaria que odia la guerra pero adora a los ganadores. Los hombres de armas somos fieles a esa mujer de ojos iluminados por la victoria; si no existiesen, no habría guerra. Si no somos mirados no existimos... lo estoy diciendo y en este momento de mi vida en el que por muchos años no podré mirar las miradas ajenas y tendré que mirar las propias.

Y, ¿cómo son mis miradas actuales? Tengo la sensación de que son arbitrariamente autoritarias. Hay un dictador como ese Rosas, al que tanto he combatido, en cada una de mis miradas.

Tomo algo del pasado y mis manipuladores ojos del presente inventan ese pasado. Parecería que se me ha otorgado un nuevo poder; es como si antes hubiera mirado lo que pasaba y ahora pasara lo que miro.

Extraño poder el que siente esa especie de nómade quieto que soy ahora. Un nómade que escucha tras las paredes el latir de la vida y en la abertura de la ventana ve el consonante mutar de los afueras y en la ventana de sus pensamientos ve todo aquello a lo que él ha dado vida con el poder de los dioses y de los hombres, que es el de poder ser Dios.

El pensamiento de los pechos caídos y suaves de la mujer del cabo Vera me ha erotizado.

En mi tercer año de filosofía me enamoré de la hija de unos amigos de mis padres. La deseé físicamente. Entró en mis masturbaciones antes que en mi cama, donde nunca entró. Para que esto hubiese sucedido habría tenido que casarme con ella, y era de esas mujeres capaces de decir algo como me dijo una vez:

–Yo a los huevos quimbo no los hago como mi mamá.

–¿Cómo es que los hace? –me sentí obligado a preguntar, y ella contestó, ya lo creo que contestó.

Por veinte minutos, aquella muchacha no hizo otra cosa que hablar de cómo hacía los huevos quimbo. Tenía una de las caras más bonitas de la ciudad de Córdoba, una piel maravillosa, unos hombros y un escote deslumbrantes. En ese momento mío de filosofía salvaje en donde Kant, Schelling y Hegel merodeaban por mi cabeza, esa estúpida belleza permanecía. Era extraño desear a esa mujer de tan deslumbrante belleza e idiotez. Siempre he pensado que las caras no son gratuitas, que una mujer no inteligente jamás puede ser atractiva. Pero la observaba, concentrada en una estúpida intrascendencia como si estuviese disertando sobre un profundo tema existencial, con su entrecejo perturbado, la preciosa piel de su cara sonrosada y su cuello suave como un pedestal de marfil mientras su nariz ocupaba un perfecto espacio de esa tarde de aire y perfumes cordobeses. Algo tiene que haber, me repetía a mí mismo, la naturaleza no puede haber construido esa maravilla de envase para contener la nada; tal vez sea yo el que no sé descifrarlo y el nacimiento de esos pechos asomados en su escote no sólo genera el deseo de acariciarlos sino la incapacidad de leerlos. Cuando nos mirábamos, la ignorancia transparente de sus ojos tornaba diáfana su mente. Me escuchaba muy atenta y entendía lo que yo decía porque mi mente tenía que descender al nivel de su comprensión, como cuando la caballería tiene que marchar a la velocidad de los caballos más lentos del escuadrón.

Con el ejército pasa igual: las órdenes se dan en un idioma que pueda entender el menos inteligente de los soldados. Cuántas veces he tenido delante de mí esos ojos desesperados por entender mis palabras. Amo a mis hombres; probablemente estoy en esta guerra para poder darle al gaucho la posibilidad de conocer la inteligencia o, por lo menos, poner el pie en el primer peldaño de ese pensamiento aristotélico que eleva la mente escalón tras escalón. Los caudillos no lo hacen. Nada les interesa menos que la inteligencia de la tropa; dominan el arte del mando sin necesidad de descender hasta su nivel mental, simplemente manejando un código de gestos y emociones. Son poetas deleznables, poetas de las actitudes. Poetas que generan un idioma en donde la razón no tiene cabida y sólo el envase sin contenido tiene vigencia.

Podía ser posible que yo desease tanto el envase de esa mujer que me obligaba a achatar mis pensamientos hasta extremos inadmisibles.

El amor es un espejo: uno se ama a sí mismo en el espejo del ser amado; pero sin admiración o respeto hacia eso que miramos, ¿podemos amar? No lo sé. Sé que tuve que amarla para poder expulsarla de mi deseo.

En esa época pensaba que el amor era el mejor antiafrodisíaco; ahora también, salvo una excepción. El soldado lleva muy a menudo en las campañas la imagen de una mujer amada pero no deseada. El deseo lo instala en la inmediatez de esas mujeres de tropa sin caras y con lindos cuerpos marrones que se extienden dentro de las carpas, en los vivacs o bajo las estrellas, que llegan siempre embellecidas por la poca luz, tienen manos y lenguas ásperas y muslos fuertes.

Una de esas mujeres va a ser de las primeras cosas que me va a ofrecer el cabo Vera. Porque yo dispongo de algo de dinero, y el vino, mejor comida, el lavado de la ropa y mujeres indias son cosas que él me puede conseguir. En cambio mis libros, mis adorados libros, compañeros de toda la vida, están tan fuera de su alcance que ni siquiera vale la pena pedírselos.

El tedio se me hace intolerable. Sólo han pasado cuatro días que se me antojan cuatro siglos; por eso, cuando el cabo Vera me ofreció a una mujer india, se la acepté enseguida. Me la trajo al anochecer.

–Se la hice bañar, mi general –fue lo único que dijo cuando entró junto a una mujer alta, flaca y sin edad.

Vestía ropa cristiana, un chal sobre los hombros, y no me contestó cuando le pregunté su nombre ni cambió su mirada vacía del lugar.

Le señalé la cama con la cabeza. Ella se desvistió en un instante y se acostó con la cara mirando el techo, las largas piernas juntas extendidas y los brazos a los costados de su lindo cuerpo. Cuando me quité la ropa ella reparó en mi miembro ya erecto y separó automáticamente las piernas. Su mirada permanecía vacía y permanecería así los cinco minutos del coito; seguramente después se iría y me dejaría de nuevo en mi soledad, en mi tedio, en mi insomnio.

Al pensar eso decidí que esa mujer me tenía que durar toda la noche, porque mi tedio era mucho más importante que mi urgencia sexual.

Me acerqué a ella. Miré su cara. No era muy joven, más bien me pareció que hacía bastante tiempo que era joven. La nariz era ancha y bien instalada entre esos pómulos duros. La boca era gruesa y la mandíbula fuerte, la piel era lisa como un cacharro de terracota, o mejor dicho tenía esa suavidad de los muslos de las mujeres que pocas veces se instala en las caras, esa suavidad que invita a ser acariciada con la mano abierta y no con el dorso de la mano. Los soldados solemos llevar en nuestras largas marchas la cara de alguna mujer; al contrario de lo que se cree para los soldados, la cara es mucho más importante que el cuerpo, tal vez la memoria erótica del hombre de a caballo necesita de cierta pequeñez. En esa enorme horizontalidad de la guerra las pequeñas superficies de nuestras noches durmiendo sobre el recado, sobre esa carona lustrosa de uso, ese mandil, esa sudadera, ese cojinillo y hasta el sobrepuesto doblado sobre el lomillo forman nuestra casa; un cuerpo de mujer prácticamente no tendría cabida bajo el poncho o el capote militar; pero sí una cara con ojos entrecerrados y boca abierta por sexo, aunque también podría ser por hambre o aburrimiento. Las caras de las mujeres suelen ser consecuencia y no causa, y la cara de esa india se había cincelado no por los lejanos odios genéticos de la raza sino por cercanos agravios, más económicos que de sangre.

La observé por un rato sin tocarla. Empecé por los pies y subí hasta esos pequeños arañazos de infancia de sus tobillos. Me detuve en uno de ellos; era un rasguño un poco más importante que los otros, como si esa chiquita, corriendo entre las tolderías, hubiese sido azotada por una planta de malaspina o algún coirón afilado. Tomé ese tobillo con mi única mano. Miré la piel de esa mano con tantos soles acumulados, esa muy oscura y fuerte mano; los mancos adquirimos una gran fuerza en el brazo sano y además yo no había heredado la mano de los Paz sino la de los Haedo.

Los ojos de la mujer miraban ahora esa especie de grillete suave que la sujetaba. No la solté. Ella a su vez pareció aprisionar mi mano con su mirada. Había tantos tobillos como ésos en mi país y había tantas manos como la mía, y pensé que yo había dedicado mi vida a liberarlos del atraso y de la barbarie. Pensé en Sarmiento, en Alberdi y en todos esos hombres excepcionales empeñados en liberar al hombre común de los tiranos y la ignorancia. Desde hace siglos los hombres excepcionales luchaban por el hombre común. Pero el hombre común seguía no muy distinto; en cambio los excepcionales crecíamos en todos los aspectos, en las artes, en las ciencias, en la inteligencia, en riquezas, en prestigio. Nuestros ideales se nutren del hombre común o serán los hombres comunes sólo un pretexto para ejercer la grandeza.

Empecé a mover mi pulgar. La piel de su tobillo, suave en su aspereza, no era la piel de fruta de las preciosas mujeres de sociedad, pero era mucho más suave que la piel de mi mano. Mi pulgar recorrió una pequeña superficie, una ínfima parte de ese cuerpo, un espacio delimitado por el largo de mi pulgar. Mi atención se concentró en forma absoluta.

"La atención absoluta es una forma de plegaria", me había dicho una vez un cura apóstata y asesino de las huestes del fraile Aldao. Yo formaba parte del pelotón que lo iba a fusilar y mi atención estaba concentrada en el guión y en el punto de mira de mi fusil; mientras mi dedo se curvaba sobre el gatillo, me gritó esa frase y largó una carcajada antes de morir.

La atención absoluta es una forma de plegaria. Levanté la vista hacia la cara de la mujer; ella se había incorporado un poco apoyándose en un codo. Sus ojos se concentraban en mi atención. Mi mano subió por la pantorrilla. La piel lampiña cubría una firmeza de mujer que ha caminado descalza por la vida con pasos cortos y peso sobre los hombros, antiguos esfuerzos quietos como un desfiladero que conducía hasta los muslos lindos como valles en el crepúsculo. La temperatura de la piel había aumentado, mi mano separó los dedos para cubrir más espacio y avanzó lentamente como hizo mi escuadrón detrás de mí, explorando la pampa de la Tuna antes de la batalla de La Tablada. Era el atardecer y sabíamos que en cualquier momento la caballería riojana iba a aparecer y a estallar en gritos antes de la carga. Pero por el momento no había más que el latido del mundo y esa superficie de luz bajo mi mano. Avanzar hacia ese pubis era como si en la batalla de La Tablada hubiese convertido en objetivo el lugar en donde el general Quiroga centralizaba su estrategia.

Yo sabía que vencer no consiste en destruir al enemigo ni tomar su Estado Mayor y su bandera. Vencer es convencer al enemigo de que ha perdido. Quiroga desplegaba sus hombres antes de las batallas como un abanico para obligar a la caballería enemiga a abrirse y a aceptar "el entrevero", en donde sus hombres eran superiores a los míos. Ese pubis que se avecinaba al lento avance de mi mano era el Estado Mayor de esa mujer: allí se centralizaba su estrategia, su inteligencia, y se alojaba esa indiferente frigidez capaz de mantener seca su vagina hasta las últimas consecuencias. Yo conocía esa forma de lucha, yo destrocé el ejército de Quiroga luchando de esa manera. Mis soldados eran inferiores a los soldados de Quiroga, pero yo los había entrenado para unirse como la falange macedónica y a no abrirse para no convertir la batalla en muchas pequeñas batallas.

Obligar al enemigo a focalizar su coraje y su odio a un solo punto del campo de batalla era mi carta de triunfo. Pero en la batalla sobre ese mapa de erotismo yo tenía que utilizar la estrategia de Quiroga y no la mía. Abordar ese pubis en donde ella tenía concentrada toda esa acumulación de agravios, todas esas vejaciones que el cristianismo, nuestra cultura y la prepotencia que los mismos hombres de su tribu le habrían infligido, era algo imposible.

Yo tenía que generar pequeños combates en lugares inesperados, necesitaba ese entrevero que tan bien manejaban las montoneras. Mi mano descendía por la pantorrilla y volvía al tobillo y mi pulgar se volvía a instalar en ese diminuto paisito de piel. Apenas lo moví, sabía que ella no miraba, pero también sabía que sus pensamientos estaban junto a los míos. Tomé conciencia de que en el sexo se acarician más los pensamientos que las pieles, y por eso súbitamente dejé ir mi mano por la pierna, pasé la rodilla, me acerqué bastante a su pubis pero me guardé muy bien de tocarlo. Mi mano quieta ante esa isleta de aspecto inesperadamente suave pareció dudar.

Tal vez no fue mi mano sino únicamente mi pulgar el que dudó, pero sabía que ella también dudaba. En una guerra la duda es una imprescindible amiga de la estrategia pero nunca de la táctica. Dudar en el medio del combate puede costar la batalla, hacer dudar al enemigo como lo hice en Oncativo me dio la victoria cuando concentré mi infantería en el Cañadón de los Piquillines y los hice avanzar al trote con las bayonetas caladas... Sé que Quiroga dudó. El Tigre de los Llanos no podía creer que yo fuese capaz de semejante torpeza; el cañadón terminaba en la Calera de los Acosta y mis hombres iban a quedar encerrados en una trampa mortal. Me dijeron que Quiroga le dijo a su ayudante: "A mí no me va a engañar ese Manquito con figuras de contradanza. El general Paz debe de haber colocado en la Calera sus cuatro piezas de artillería". Pero cuando escuchó el tronar de mis cañones en el otro lado del campo se desconcertó.

Dicen que espoleó a su moro y se precipitó con su escolta hasta el mismo borde del cañadón. Estaba furioso, no podía creer que yo subestimase tanto su inteligencia como para pretender engañarlo en forma tan simple. Miraba para todos lados creyendo que en cualquier parte iban a surgir mis soldados. Sólo cuando contempló cómo mis hombres llegaban al paredón de la Calera y cómo mis oficiales ordenaban un cambio de frente y hacían formar cuadro y clavar la bandera en el centro, dejó de dudar. Había perdido quince minutos en tomar una decisión y yo había aprovechado esos quince minutos para concentrar al segundo batallón de cazadores y al cuarto escuadrón de lanceros sobre el flanco derecho del campo.

Ahí gané la batalla. Yo personalmente dirigí la carga. Recuerdo cuando con mi sable crucé la cara de un riojano; la herida se convirtió en unos horrorosos labios de asombro y una nueva boca vertical se abrió como gritándome algo. Nunca supe cuál fue el contenido de ese grito, tal vez de odio, tal vez de súplica o tal vez ni siquiera haya sido un grito sino un bostezo ante el aburrido repetir de la historia. Quiroga había dispersado su duda por todo el campo de batalla y yo había dispersado su duda en todo el campo de su cerebro.

Algo así tenía que conseguir en mi batalla sobre el cuerpo de esa india que ahora había cerrado los ojos de grandes e inesperadas pestañas. Su pubis era como la cabeza de Quiroga, la intriga sobre el comportamiento de mi mano dispersaba su atención sobre su cuerpo; mientras lo hacía, en la vagina y en ese pubis podían muy probablemente aflojarse las compuertas de la seça y un inicio de humedad tal vez surgiría en esa boca vertical que, como la piel del riojano, me obligaba a dudar entre el odio, la súplica o el aburrimiento. Ahora era yo el que dudaba. Mi mano empezó a moverse por esa geografía mucho más firme que mis pensamientos. Muchas veces había presenciado cómo la geografía gravita sobre la historia. En ese mapa de cavidades mi mano estuvo por obedecer el mandato de esos valles y planicies y lomas fascinantes y dejarse atrapar por ese deslizar de pieles y deseos. Pero mi batalla tenía que durar toda la noche, mi meta era el camino.

Cuando mi mano llegó al ombligo, se detuvo. Los dedos se fueron acercando a merodear esa circunstancia en el vientre plano, como si fueran animales sin sed ante una aguada. Uno de los dedos se acercó bastante presionando un poco los bordes; mis ojos estaban sobre el pubis, miraban esa maraña tan atractiva, como si los pensamientos de ella estuviesen alojados en esa parte del cuerpo, como en la prehistoria seguramente el pensar se alojaba en las manos y no en la cabeza. Tal vez algo de eso había, y el futuro alboroto químico que yo pretendía despertar en ese pubis era el que ordenaría al cerebro de esa india pensar en una forma y no a la inversa, y que no fuera el cerebro el que ordenara el alboroto químico. Con mis dedos pasaba otro tanto porque ahora mi pulgar por su cuenta estaba dentro del ombligo.

Los otros dedos, afuera, estaban quietos sobre su piel y sobre sus pensamientos. Ella seguía con los ojos cerrados sin saber que esa piel lampiña de los indios parece bañada con luz de luna en determinadas circunstancias y que las ancas desnudas de una india escapando del malón de los blancos puede ser de las cosas más bellas que pueden contemplar los ojos de un hombre.

Muchas veces yo había presenciado el desbordar de las tropas sobre un campamento indio. Las he parado con el sable en la mano y una vez maté de un pistoletazo a un valioso soldado que me había acompañado en las batallas de Tucumán y Salta, de Vilcapugio y Ayohuma, por defender a una india. Desde ya no defendía a la india, defendía la disciplina. Ahora aquí, con mi miembro erecto, estaba tratando de quebrar la disciplina interna de esa mujer de vagina seca simplemente perturbando el orden de las circunstancias, como hice con Quiroga en Oncativo. La duda que sembré en la cabeza de Quiroga me dio quince minutos de tiempo, pero lo más importante no fueron esos quince minutos sino que sólo cuando se duda la mente crece y el hombre en proceso de crecimiento se asusta de sí mismo, porque el pasado lo abandonó y el futuro todavía no ha llegado.

Quiroga en Oncativo huyó aterrado; el miedo en los hombres de coraje significa soledad. ¿Qué puede sentir un hombre que ve destrozada su invencible caballería riojana por unas tropas bisoñas, al mando de un general manco incapaz de aguantar ni la mitad de los corcovos de un potro que los que él podía aguantar, simplemente por esa incertidumbre que yo coloqué en su cerebro como estoy haciendo ahora con el pubis de esta mujer?

¿Qué hay debajo de ese fascinante pubis enrulado que mantiene mi mano tan alejada de él como se mantiene alejada de sus pechos? Si no lo hiciese, si me acercase a sus zonas eróticas, perdería la batalla. Esas zonas son las únicas defendidas. La piel suave de sus pechos, de ser recorrida por mi mano o por mis labios, jamás podría lograr la mínima erección de esos pezones. En cambio, mi cara muy cerca de su hombro tan cerca que ella puede sentir el aire de mi respiración, mientras los dedos de mi mano incursionan por uno de sus codos, la ha obligado a abrir los ojos para poder volver a cerrarlos de inmediato. La textura de la piel de una mujer al llegar a la zona de los codos no cambia demasiado, no tiene ese ancho deslizar de los muslos ni la personal invitación de los glúteos ni la imposible suavidad de los costados de la cara y de los pómulos, pero al mismo tiempo no tiene que competir ni con los labios de la boca ni con los de su sexo o de cualquiera de esas cavidades que sabe Dios por qué centralizan nuestra lujuria. Un codo es un territorio no defendido.

Acariciar un codo, como si todos los placeres que provocaba esa mujer estuviesen concentrados ahí, me produjo una desconcertante excitación, tal vez consecuencia de las suavidades tan próximas del antebrazo que de ninguna manera toqué, pero el hecho fue que pronto mi boca estuvo sobre ese codo al que mordisqueé, besé y lamí por unos diez minutos. Sí. Evidentemente cuando una zona del cuerpo no está defendida, la sangre fluye ingenua por los capilares, una tibieza empieza a amanecer y ese territorio conquistado, por más efímero que parezca, ya nos autoriza a incursionar por sus aledaños. Los antebrazos de esa india, que más tarde supe, se llamaba Catú; eran realmente suaves, y mi nariz fue la encargada de comprobarlo. Empecé a olerlos de una punta a la otra, o simular olerlos, para que mi nariz tuviese el pretexto de, cada tanto, rozar esa piel desconcertada.

A pesar de no haberla mirado supe que Catú había abierto los ojos y cuando mi cabeza estuvo cerca de su mano empecé a besarla. Besé la palma, le repasé los dedos y uno a uno los introduje en mi boca. Cuando introduje dos de sus dedos al mismo tiempo ella flexionó uno de ellos para retirarlo, pero casi enseguida lo volvió a colocar y los dos juntos apretaron por un momento mi lengua. Fue la primera iniciativa que Catú otorgó; lo hizo en la oscuridad de mi boca, en el escondite de esa cueva húmeda, lo hizo apenas como una pequeña alteración de sus planes; saqué mi lengua y junto con ella salieron los dedos de Catú. Ahí, fuera de la caverna de mi boca, sus dedos adquirieron cierto pudor, se quedaron quietos como esperando órdenes y yo los abandoné. Entonces, cuando dejó su mano entreabierta sobre la sábana me quedé mirando esa mano sabiendo que la mirada de ella también estaría sobre esa mano, pero me equivoqué. La mirada de ella estaba sobre mis ojos.

¿Qué fue lo que los dos miramos? ¿Qué vimos cada uno de nosotros en ese inesperado mirar de miradas? Mirar una mirada implica preguntar, pero creo que los dos veíamos una respuesta a una pregunta que no conocíamos. Tampoco teníamos ningún código para leer esas miradas. Tal vez lo que miramos sea creado por nuestro propio mirar, y en los ojos sepia de esa india yo había colocado algo que necesitaba ver. Tuve ganas de besarla en la boca.

Las mujeres indias relacionan los pocos besos que reciben con el alcohol y la comida, por eso los besos les llegan impregnados de carne y galleta, humita, locro, vino o ginebra. Son besos que generalmente surgen antes de la penetración y decididamente antes del orgasmo, que muy pocas indias conocen.

Los ojos de Catú eran marrones como los de un perro, y su mirada no tenía nada que ver con sus ojos, pero a pesar de ellos su mirada se había tirado como un perro en algún lugar de mis ojos. Tal vez por eso mi mano se colocó sobre su pubis como quien acaricia un animal manso, y cuando mi pulgar penetró en su vagina empapada la sonrisa de Catú se fue desplegando frente a mi sonrisa.

Cuando amaneció aún estábamos abrazados. No habíamos hablado una palabra, pero en cada uno de sus orgasmos unos pequeños estertores parecían palabras de un idioma nuevo que ninguno de los dos había conocido. Ella se fue cuando la vinieron a buscar. Nos miramos nuevamente a los ojos; esta vez no teníamos ninguna respuesta pero, por lo menos, yo tenía muy clara mi pregunta: ¿Qué parte mía guardaba Catú en su memoria? Este soldado de cuerpo machucado, cubierto de heridas y sin un brazo podría permanecer cierto tiempo en esa cabeza no preparada para guardar sensaciones sino para recordar aquellas cosas que llevan nombre y se pueden definir y comparar y conocer su tamaño, su peso o su función. La memoria de sus manos o de su piel, ¿estaría en condiciones para retener ese primer orgasmo de su vida, o la humedad de su vagina o el deleite de nuestra quietud? ¿Podría recordarse aquello que no tiene nombre? ¿Sin la palabra existimos? ¿No habrán sido esos analfabetos que inventaron el alfabeto para que pudiéramos atrapar ese sonido dibujado que llamamos palabra los verdaderos creadores de la especie humana? Esta india jamás se irá de mi memoria porque es la inteligencia la que manipula la memoria y mi inteligencia ha colocado a esa india para siempre en el envase de esas palabras, como las que estoy colocando en este momento sobre el papel. He dedicado mi vida a luchar contra la barbarie de los Quiroga y los López y los Artigas y los Rosas, para liberar a los argentinos de la ignorancia y el atraso. Sé que sólo cuando mi país conozca el pensamiento podrá existir. De lo contrario, mi patria será algo tan efímero como lo seré yo en los pensamientos de Catú. ■

Fragmento de Mis olvidos: lo que no dijo el general Paz (Editorial Sudamericana, 1998).

MEMORIAS

Por Dalmiro Sáenz



gina y en ese pubis podían muy probablemente aflojarse las compuertas de la seça y un inicio de humedad tal vez surgiría en esa boca vertical que, como la piel del riojano, me obligaba a dudar entre el odio, la súplica o el aburrimiento. Ahora era yo el que dudaba. Mi mano empezó a moverse por esa geografía mucho más firme que mis pensamientos. Muchas veces había presenciado cómo la geografía gravita sobre la historia. En ese mapa de cavidades mi mano estuvo por obedecer el mandato de esos valles y planicies y lomas fascinantes y dejarse atrapar por ese deslizar de pieles y deseos. Pero mi batalla tenía que durar toda la noche, mi meta era el camino.

Cuando mi mano llegó al ombligo, se detuvo. Los dedos se fueron acercando a merodear esa circunstancia en el vientre plano, como si fueran animales sin sed ante una aguada. Uno de los dedos se acercó bastante presionando un poco los bordes; mis ojos estaban sobre el pubis, miraban esa maraña tan atractiva, como si los pensamientos de ella estuviesen alojados en esa parte del cuerpo, como en la prehistoria seguramente el pensar se alojaba en las manos y no en la cabeza. Tal vez algo de eso había, y el futuro alboroto químico que yo pretendía despertar en ese pubis era el que ordenaría al cerebro de esa india pensar en una forma y no a la inversa, y que no fuera el cerebro el que ordenara el alboroto químico. Con mis dedos pasaba otro tanto porque ahora mi pulgar por su cuenta estaba dentro del ombligo.

Los otros dedos, afuera, estaban quietos sobre su piel y sobre sus pensamientos. Ella seguía con los ojos cerrados sin saber que esa piel lampiña de los indios parece bañada con luz de luna en determinadas circunstancias y que las ancas desnudas de una india escapando del malón de los blancos puede ser de las cosas más bellas que pueden contemplar los ojos de un hombre.

Muchas veces yo había presenciado el desbordar de las tropas sobre un campamento indio. Las he parado con el sable en la mano y una vez maté de un pistoletazo a un valioso soldado que me había acompañado en las batallas de Tucumán y Salta, de Vilcapugio y Ayohuma, por defender a una india. Desde ya no defendía a la india, defendía la disciplina. Ahora aquí, con mi miembro erecto, estaba tratando de quebrar la disciplina interna de esa mujer de vagina seca simplemente perturbando el orden de las circunstancias, como hice con Quiroga en Oncativo. La duda que sembré en la cabeza de Quiroga me dio quince minutos de tiempo, pero lo más importante no fueron esos quince minutos sino que sólo cuando se duda la mente crece y el hombre en proceso de crecimiento se asusta de sí mismo, porque el pasado lo abandonó y el futuro todavía no ha llegado.

Quiroga en Oncativo huyó aterrado; el miedo en los hombres de coraje significa soledad. ¿Qué puede sentir un hombre que ve destrozada su invencible caballería riojana por unas tropas bisoñas, al mando de un general manco incapaz de aguantar ni la mitad de los corcovos de un potro que los que él podía aguantar, simplemente por esa incertidumbre que yo coloqué en su cerebro como estoy haciendo ahora con el pubis de esta mujer?

¿Qué hay debajo de ese fascinante pubis enrulado que mantiene mi mano tan alejada de él como se mantiene alejada de sus pechos? Si no lo hiciese, si me acercase a sus zonas eróticas, perdería la batalla. Esas zonas son las únicas defendidas. La piel suave de sus pechos, de ser recorrida por mi mano o por mis labios, jamás podría lograr la mínima erección de esos pezones. En cambio, mi cara muy cerca de su hombro tan cerca que ella puede sentir el aire de mi respiración, mientras los dedos de mi mano incursionan por uno de sus codos, la ha obligado a abrir los ojos para poder volver a cerrarlos de inmediato. La textura de la piel de una mujer al llegar a la zona de los codos no cambia demasiado, no tiene ese ancho deslizar de los muslos ni la personal invitación de los glúteos ni la imposible suavidad de los costados de la cara y de los pómulos, pero al mismo tiempo no tiene que competir ni con los labios de la boca ni con los de su sexo o de cualquiera de esas cavidades que sabe Dios por qué centralizan nuestra lujuria. Un codo es un territorio no defendido.

Acariciar un codo, como si todos los placeres que provocaba esa mujer estuviesen concentrados ahí, me produjo una desconcertante excitación, tal vez consecuencia de las suavidades tan próximas del antebrazo que de ninguna manera toqué, pero el hecho fue que pronto mi boca estuvo sobre ese codo al que mordisqueé, besé y lamí por unos diez minutos. Sí. Evidentemente cuando una zona del cuerpo no está defendida, la sangre fluye ingenua por los capilares, una tibieza empieza a amanecer y ese territorio conquistado, por más efímero que parezca, ya nos autoriza a incursionar por sus aledaños. Los antebrazos de esa india, que más tarde supe, se llamaba Catú; eran realmente suaves, y mi nariz fue la encargada de comprobarlo. Empecé a olerlos de una punta a la otra, o simular olerlos, para que mi nariz tuviese el pretexto de, cada tanto, rozar esa piel desconcertada.

A pesar de no haberla mirado supe que Catú había abierto los ojos y cuando mi cabeza estuvo cerca de su mano empecé a besarla. Besé la palma, le repasé los dedos y uno a uno los introduje en mi boca. Cuando introduje dos de sus dedos al mismo tiempo ella flexionó uno de ellos para retirarlo, pero casi enseguida lo volvió a colocar y los dos juntos apretaron por un momento mi lengua. Fue la primera iniciativa que Catú otorgó; lo hizo en la oscuridad de mi boca, en el escondite de esa cueva húmeda, lo hizo apenas como una pequeña alteración de sus planes; saqué mi lengua y junto con ella salieron los dedos de Catú. Ahí, fuera de la caverna de mi boca, sus dedos adquirieron cierto pudor, se quedaron quietos como esperando órdenes y yo los abandoné. Entonces, cuando dejó su mano entreabierta sobre la sábana me quedé mirando esa mano sabiendo que la mirada de ella también estaría sobre esa mano, pero me equivoqué. La mirada de ella estaba sobre mis ojos.

¿Qué fue lo que los dos miramos? ¿Qué vimos cada uno de nosotros en ese inesperado mirar de miradas? Mirar una mirada implica preguntar, pero creo que los dos veíamos una respuesta a una pregunta que no conocíamos. Tampoco teníamos ningún código para leer esas miradas. Tal vez lo que miramos sea creado por nuestro propio mirar, y en los ojos sepia de esa india yo había colocado algo que necesitaba ver. Tuve ganas de besarla en la boca.

Las mujeres indias relacionan los pocos besos que reciben con el alcohol y la comida, por eso los besos les llegan impregnados de carne y galleta, humita, locro, vino o ginebra. Son besos que generalmente surgen antes de la penetración y decididamente antes del orgasmo, que muy pocas indias conocen.

Los ojos de Catú eran marrones como los de un perro, y su mirada no tenía nada que ver con sus ojos, pero a pesar de ellos su mirada se había tirado como un perro en algún lugar de mis ojos. Tal vez por eso mi mano se colocó sobre su pubis como quien acaricia un animal manso, y cuando mi pulgar penetró en su vagina empapada la sonrisa de Catú se fue desplegando frente a mi sonrisa.

Cuando amaneció aún estábamos abrazados. No habíamos hablado una palabra, pero en cada uno de sus orgasmos unos pequeños estertores parecían palabras de un idioma nuevo que ninguno de los dos había conocido. Ella se fue cuando la vinieron a buscar. Nos miramos nuevamente a los ojos; esta vez no teníamos ninguna respuesta pero, por lo menos, yo tenía muy clara mi pregunta: ¿Qué parte mía guardaba Catú en su memoria? Este soldado de cuerpo machucado, cubierto de heridas y sin un brazo podría permanecer cierto tiempo en esa cabeza no preparada para guardar sensaciones sino para recordar aquellas cosas que llevan nombre y se pueden definir y comparar y conocer su tamaño, su peso o su función. La memoria de sus manos o de su piel, ¿estaría en condiciones para retener ese primer orgasmo de su vida, o la humedad de su vagina o el deleite de nuestra quietud? ¿Podría recordarse aquello que no tiene nombre? ¿Sin la palabra existimos? ¿No habrán sido esos analfabetos que inventaron el alfabeto para que pudiéramos atrapar ese sonido dibujado que llamamos palabra los verdaderos creadores de la especie humana? Esta india jamás se irá de mi memoria porque es la inteligencia la que manipula la memoria y mi inteligencia ha colocado a esa india para siempre en el envase de esas palabras, como las que estoy colocando en este momento sobre el papel. He dedicado mi vida a luchar contra la barbarie de los Quiroga y los López y los Artigas y los Rosas, para liberar a los argentinos de la ignorancia y el atraso. Sé que sólo cuando mi país conozca el pensamiento podrá existir. De lo contrario, mi patria será algo tan efímero como lo seré yo en los pensamientos de Catú. ■

general Paz (Editorial Sudamericana, 1998).





Cultura a Toda Costa

La movida se desarrolló desde Carmen de Patagones hasta San Clemente del Tuyú: *Cultura a Toda Costa* llevó espectáculos y animaciones a cada uno de los balnearios bonaerenses. Contó con la presencia de más de mil artistas, entre ellos ganadores de los Torneos Juveniles.
Mariano Mores, Mercedes Sosa, Lía y Karina Crucet, Marcela Morelo y Ricky Maravilla serán el broche de oro de este exitoso ciclo.



24 de febrero
Lía y Karina Crucet
Ricky Maravilla
Marcela Morelo

25 de febrero
Mercedes Sosa

27 de febrero
Mariano Mores

Delegaciones de los distritos que se detallan a continuación, actuarán a partir de las 18 en el escenario de Las Toscas de Mar del Plata, sumando sus espectáculos a Cultura a Toda Costa:

22, 23 y 24:
Bahía Blanca, Coronel Dorrego, Coronel Pringles, Coronel Rosales, Coronel Suárez, Monte Hermoso, Carmen de Patagones, Puán, Saavedra, Torquinst y Villarino.

25, 26 y 27:
Necochea, Ayacucho, Gonzáles Cháves, Benito Juárez, Lobería, San Cayetano, Tandil, Tres Arroyos.

1, 2 y 3 de marzo:
Junín, Bragado, Chacabuco, Gral. Arenales, Gral. Pinto, Gral. Viamonte, Florentino Ameghino, Leandro N. Alem, Lincoln.



El 5 de marzo lanzamos Poesía en marcha y memoria en movimiento.
Sumate y recorré con nosotros la provincia.
Participá en tu pueblo.
Estaremos juntos contando historias, leyendo poemas, o narrando un cuento.
No te quedes afuera.

La **marcha**, que da su primer paso en La Cuadrada (9 de julio 2737) de Mar del Plata, se irá enriqueciendo con tu aporte y detendrá la antorcha en cada uno de los municipios bonaerenses.
En noviembre habremos escrito juntos el libro de los poetas y el libro de las memorias de la provincia de Buenos Aires que serán el resultado de concursos.

Consultá en la Dirección de Cultura de tu municipio. Participá

Fiestas Solidarias

LO QUE SE VIENE

Marzo
6 y 7: Quilmes
13 y 14: Lomas de Zamora
20 y 21: La Plata

Teatro Auditorium

Sala Astor Piazzolla

De jueves a domingo
20:00: "*La Flaca Escopeta*" Espectáculo infantil con Linda Peretz.
Los martes
23:30: "*Viva tango*", con la orquesta de Leonard Bacardi
Miércoles y jueves.
0:30: Cine Arte Auditorium
27 Y 28
0:30: "*La mancha de Robin Hood*", presentada por el Teatro Taller La Mancha de la Universidad Popular de Belgrano, y la dirección general de María Inés Falcioni.
25 "*Zona Mórbida*", La Nouvelle Danse.

Sala Gregorio Nachman

De jueves a domingo
23:00: "*Perlas quemadas*", de Fernando Noy, con Quique Canellas, Miriam Odorico y Martín Churba.
Lunes y martes
21:00: "*Atahualpa, destino del canto*". Suma Paz junto al Indio Urquiza y Carlos Parisotti.
De jueves a domingo
21:00: "*Stefano*", de Armando Discépolo con Francisco Cocuzza
Viernes
0:30: "*El hombre que nada*" (teatro), con José Minuchin
Sábados y domingos
0:30: "*Los protagonistas*". Dirección de Julio Lascano
Miércoles
21:00: "*Ay, poeta!*", Grupo de Teatro del Mar, dirección de Tanya Barbieri.
Martes
23:00: "*Jettatore*", dirección de Jorge Ahamendaburu
Martes
23:00: "*Amantes*", Carlos Estrada y Erika Walner
De jueves a domingo
"*El túnel*". Dirección y actuación de Roberto Ibáñez.

Teatro Roberto J. Payró

Martes y miércoles
20:00: "*La mesa de los recuerdos*", con Homero Cárpena y elenco. Entrada gratuita.
De jueves a domingo
21:30: "*Cuestión de hombres*", de Alberto Drago con el grupo de teatro Barracas al Sur.

Viernes y sábados
0:00: "*Zirco Punk*", con la dirección de Luis De Mare
Martes
22:00: "*Antología de Zarzuela*", director Arturo Vega Godoy
Lunes
22:00: "Payrock". Grupos locales y nacionales.
Domingo
23:30: "*Ay Carmela*"
Martes a domingos
20:"*Criollitos*", espectáculo infantil sobre textos de Atahualpa Yupanqui
Miércoles
"*La movida flamenca*". Música.

Espacio Nave

Martes y miércoles
22:00: "*La nave entreabierta*", Danzares
De jueves a domingo
22:00: "*Ricardo III*", dirección de Graciela Spinelli
De martes a viernes
0:30: "*Mujeres de carne podrida*", de Matías Méndez y José María Muscari
Lunes
22:00: "*Finimondo*", con Guillo Castiñeyras



"Mujeres de carne podrida" premiadas con dos Estrellas de Mar sigue en Espacio Nave

Artes Visuales

Café del Foyer
Hasta el 28 de febrero
Tapices y Óleos de Violeta Parra, por primera vez en América Latina. Desde las 18 hs.
Del 3 al 24 de marzo
Juan Lecuona (pinturas)

Foyer bajo
Hasta el 8 de marzo
"*Ex Libris*", muestra homenaje a los 50 años de la creación del Estado de Israel.

Cursos de Artesanías

En el marco de las actividades culturales programadas para el presente año, la **Dirección de Folklore, Patrimonio cultural y Tradiciones Bonaerenses** informa que a partir de marzo se abren los Cursos de Artesanías. Cabe mencionar que los profesores que dictarán los mismos son de destacada labor en su disciplina.
Para solicitar informes o inscribirse, comunicarse al teléfono **(0221) 4212445, de 8 a 18 hs. o dirigirse al Mercado Artesanal Bonaerense, calle 7 Nº 534 de la ciudad de La Plata.**

Técnica	Profesor	Días y Horarios
Tallado en madera	Néstor Bossi	Lun.: 9-12 y 15-18
Telar	Liliana Pardeilhan	Lun.: 9-12 y 15-18
Platería	Horacio Anzorena	Vie.: 9-12 y 15-18
Soguería	Francisco Meeck	Jue.: 9-12 y 15-18
Cestería	Susana Palleiro	Mar.: 9-12 y 15-18
Tejido a mano	Norma Chas	Mié.: 9-12 y 15-18
Pintura sobre madera	Raquel Charquis	
Cerámica bonaerense	a confirmar	
Guitarra	Gustavo Fracassi	Sáb.: 10-13
Canto	Alberto Lara	Sáb.s: 10-13